

—Sin duda, es un lord...

Pero bien podría no serlo.

Sabéis sin duda que existe una gran compañía inglesa de seguros o, mejor, toda una red de compañías, conocidas con el nombre de Lloyd's. Cierta día, un capitán, propietario de un barco, entró en una de estas oficinas, desolado, y le dijo al director:

—Acaba de sucederme una cosa terrible, señor... Ayer se puso bajo mi mando un barco nuevo. Ayer mismo venía yo a asegurarlo, cuando me detuvo en el camino una congestión del tránsito y llegué a esta oficina cuando ya había sido cerrada. Ahora bien, hoy mismo tuve que salir con el barco. Y hé aquí que ha ocurrido un accidente terrible. El barco se ha hundido... ¡y no estaba asegurado!

—Capitán—le contestó el gerente—¿podría usted jurar por su honor que verdaderamente tenía usted ayer la intención de asegurarse y de que salió para hacerlo así, y que sólo por la circunstancia de haber llegado cuando ya las oficinas estaban cerradas no lo hizo usted?

El capitán prestó aquel juramento. Y entonces, los directores de la Lloyd's le dijeron:

—Muy bien. Tomaremos por nuestra cuenta la mitad de las pérdidas.